

Fabián Paliz, caballero y amigo

Mauricio Montalvo

En las reposadas y soleadas playas de Esmeraldas me sorprende la triste noticia de su partida y me descompone. Como a muchos otros, estoy seguro, un impacto grande, de aquellos que hieren hondo, nos invade por dentro, nos sobrecoge y nos deja sin palabras, sin explicaciones. Por coincidencia, más de treinta años atrás, mochila al hombro y carpa en mano, cuando aún ambos hacíamos pininos estudiantiles en la PUCE, recorrimos juntos estas mismas playas. Como entonces, siento ahora fraternal y cercana la figura fresca, risueña e inteligente de Fabián Páliz, caballero y amigo.

Como ese derrotero de goce y aventura en tierra esmeraldeña, tendría con Fabián un recorrido paralelo de amistad y vida por más de tres décadas, que lo iniciamos desde el primer día de clase en la Facultad de Jurisprudencia. Por esos azares del destino, ese día nos correspondió asiento colindante en el aula y había que hacer presentación recíproca del vecino; Fabián hizo la mía

al resto de compañeros, hice lo propio de él a los nuevos camaradas, todos entonces desconocidos. A la sazón conocí de su paso por el emblemático Instituto Nacional Mejía, el único egresado de ese prestigioso colegio que había optado por la escuela de derecho en la Universidad Católica, pero sobre todo descubrí de inmediato su vivacidad y manera frontal de hablar y expresarse. Esa sería precisamente su impronta y lo que le distinguiría durante toda la carrera universitaria. Siempre inquisitivo y cuestionador, dotado de un agudo criterio jurídico, prácticamente no hubo clase o cátedra que no contase con una pregunta pertinente o su comentario esclarecedor, sin contar la incomodidad y fastidio de más de un profesor por el aporte vivaz y a veces mordaz de Fabián. Culto y con un bagaje intelectual sólido sostenía sus puntos de vista con soltura y gustaba de las controversias dialécticas, marcado desde esos tempranos días por ideales y valores que no abandonaría.

Esos mismos principios nutrirían su vinculación al movimiento estudiantil y ejerció la política universitaria en el mejor de los sentidos. Deambulamos entonces por senderos distintos pero compartidos, con contrapuntos de nota a nivel de la Asociación Escuela de Derecho pero sobre todo de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUCE), en la cual nos enfrentamos en listas opuestas para el Consejo Académico, el organismo colegiado más importante de la Universidad. Llegamos ambos a esa instancia y ejercimos la representación estudiantil de manera mancomunada y asociada, divergencias al margen y teniendo siempre por delante el interés de los estudiantes. Nuevamente Fabián hizo gala de su lucidez y personalidad en ese cenáculo, recinto de las máximas autoridades universitarias, rector, vicerrector y todos los decanos. Por sobre nuestras discrepancias ideológicas, conducimos siempre una relación de respeto y dignidad que enaltece a Fabián, pues jamás se afectó nuestra relación por nuestras ideas y al contrario sirvió para acrecentar y ahondar un afecto que se hizo entrañable al pasar de los años. Hombre de lealtades y dones buenos, se hacía apreciar, considerar y respetar espontáneamente; no es gratuito, por tanto, el gran número de amigos y camaradas que forjó en los años universitarios y que hoy con certeza sienten en lo más profundo su partida.

Precisamente, todavía compañeros de aula, junto con varios otros colegas de promoción, nos presentamos al concurso de terceros secretarios de la Cancillería y volvimos a caminar hermanados por un mismo sendero, con las intermitencias que inevitablemente este oficio impone. Fabián entregó los mejores años de su vida al servicio exterior ecuatoriano, incluso a costa de su salud, y ejerció su profesión con gusto, esmero, finura y una innata dosis de buen humor. Desempeñó funciones y encargos dentro y fuera del país con conocimiento, profesionalidad y sentido de país, donde estuviese se granjeó con facilidad afecto y amistad de sus pares y colegas. Estocolmo, Nueva York, Caracas, La Paz, El Cairo serían sedes de sus funciones permanentes como diplomático y otros innumerables destinos alrededor del mundo atestiguarían sus varias representaciones temporales a nombre del país.

En “Efe Páliz”, como a veces le llamábamos con afecto, se verificó uno de los paradigmas que podría ser modelo para todo servidor público, cumplir su deber con eficiencia, honestidad, responsabilidad y sin afán de figuración, pues Fabián asumió su compromiso con la Patria y la diplomacia ecuatoriana de manera leal, silenciosa y pulcra, sin estridencias, como debe ser. Ironía grande que, quizá por ello mismo, no hubiese sido justa, oportuna y debidamente reconocido en su carre-

ra y trayectoria profesional, con una exclusión que el sistema le impondría incluso hasta pocos días antes de su adiós.

En nuestros caminos paralelos pienso con íntimo sentimiento y solidaridad en su familia; en su esposa, su madre, sus hermanos, que lo guardarán siempre con orgullo y cariño por lo que Fabián fue e hizo de su vida. Pero por sobre todo, por otro detalle compartido calladamente entre nosotros, siento especialmente y muy adentro a sus dos pequeñas hijas, para que la memoria y el noble talante de su padre, un hombre de bien, les acompañen e inspiren siempre. Que haya paz en su descanso postrero y me inclino reverente, con un abrazo fraterno, ante su estampa imborrable de caballerosidad y amistad.